

Pepe Sánchez Gómez rememoró la proclamación de la República. El Adelanto, 18 abril 1931 (tomado del libro José Sánchez Gómez. *El Timbalero*, C. M^a. Perelátegui)

Una Página para la historia

DE CÓMO SE PROCLAMÓ LA REPÚBLICA EN SALAMANCA

He aquí unas fotografías que serán históricas. ¡La proclamación de la República en Salamanca!

Muchos de los salmantinos que desde los balcones de la Plaza, y otros de los que llenaban la calzada y los paseos, no supieron más que de el momento aquel, tan solemne, tan serio, tan entusiasta. No vivieron los días, ni las horas y minutos de la organización admirable de esta singular revolución civil y ciudadana, que comenzando briosamente en las urnas el día 12 de Abril, culminó en el cambio de régimen el día 14, a las seis y cuarto de la tarde. ¡Qué de emociones y de dudas, de firmezas y de irresoluciones, de esperanzas y de entusiasmo!

Encerrados en La Casa del Pueblo, entre obreros y estudiantes, empleados y gentes de carrera, que anhelaban salir cuanto antes a la calle y proclamar la República a bandera desplegada, estuvimos casi desde aquellas emocionantes horas de los escrutinios en los Colegios electorales en la tarde del 12, hasta la del 14, fecha de la partida.

La jornada electoral marcó el camino y aceleró la marcha. Todo estaba preparado, todas las medidas adoptadas, toda la confianza puesta en el Gobierno provisional, que ya actuaba desde Madrid. El comité revolucionario salmantino, apenas se disgregaba. Realmente estaba en sesión continuada y permanente. ¡Oh, aquellas horas de nerviosismo, de llamadas telefónicas a Madrid, de confidenciales consultas en el Gobierno de la calle del Prior, de vacilaciones en el Poder constituido, de órdenes y contraórdenes de resistir a la avalancha ciudadana, que había pedido el Poder en nombre de la Nación!

En el salón teatro de la Casa del Pueblo, la muchedumbre, impotente, se agitaba convulsa, sin ganas de más esperas, pidiendo al

Comité que diera la orden de marcha. El Comité, encerrado en una de las secretarías, seguía deliberando, adoptaba acuerdos, tomaba medidas de precaución, nombraba las primeras autoridades de la República que iba a nacer... Pasaban los minutos, largos, inacabables, y las horas eran como las losas que caían sobre la multitud, y que en vez de apagar sus entusiasmos, encendían más los espíritus, prontos en la lucha.

Comenzaron a flamear las banderas republicanas. Modistas y mujeres del pueblo irrumpieron en el salón. ¡A la calle! —clamaba el pueblo— ¡A tomar el Ayuntamiento! —repetían miles de voces— Y más de una vez, por expreso encargo del Comité revolucionario, tuvimos nosotros que hacer el esfuerzo de salir al escenario y pronunciar una palabras de fe y de confianza en los hombres que dirigían el movimiento, palabras de firmeza que servían para calmar un tanto las ansias de la multitud.

Minuto a minuto, tenía referencia directa el Comité de lo que estaba ocurriendo en Madrid. El Rey seguía consultando, que era tanto como querer resistir lo irresistible; iban y venían de Palacio los políticos; estaba reunido el Gobierno Provisional, y Alcalá Zamora había dado ya el ultimatum a Romanones. A pesar de ello, todavía no era el momento de la partida. Eibar, Oviedo, Zaragoza, Bilbao y Barcelona, habían proclamado la República... Nuevos gritos de impaciencia de la muchedumbre, apiñada en el teatro; nuevas llamadas telefónicas y otra vez el profesor Manso y el Dr. Don Tomás Martín, tienen que dirigir palabras de confianza y de prudencia a las masas, que a duras penas calman sus ímpetus. Se destaca del Comité una comisión, que va al Gobierno Civil, y a poco la multitud comienza a desfilar al grito de ¡Viva la República!, y marcha a la Plaza, sube al Ayuntamiento, arroja por el balcón los bustos de don Alfonso y doña Victoria y, precisamente en aquellos momentos una voz autorizada grita al teléfono a los camaradas del Comité que aún siguen reunidos en la Casa del Pueblo: ¡Salid Inmediatamente!

Va a la cabeza Don Miguel de Unamuno, y le rodeamos todos; Ossorio, Puente, Núñez, Firmat, Casado, Población, personalidades y concejales republicanos y socialistas, a los que siguen los restos de la muchedumbre que quedó en la Federación Obrera, llevando banderas republicanas. Apenas puesta en marcha la manifestación, engrosa de modo insospechado. La Plaza Mayor, ya está ocupada por el vecindario. Suena la campana de la ciudad, estallan cohetes y vítores, y aplausos y, al fin subimos al salón de sesiones del Concejo. Abajo, en la Plaza, queda el pueblo. Y apenas nos asomamos al balcón, llega una nueva manifestación, al frente de la cual figuran los viejos republicanos don Tomás Martín Bazán y don Vicente González, portadores de la bandera republicana que ha de ser izada en la Casa de la Villa.

Los ujieres del Concejo y un grupo de jóvenes republicanos y socialistas, descuelgan los cuadros-retratos de don Alfonso y doña Victoria. Lentamente, con todo cuidado, a hombros de unos cuantos, los grandes

retratos desaparecen del salón y se pierden entre los pasillos de la Casa de la ciudad.

El silencio es verdaderamente sepulcral. Aparece en el balcón don Miguel de Unamuno y con él, el primer alcalde de la República, don Primitivo Santa Cecilia; el primer Gobernador Civil, don Casto Prieto Carrasco; el primer presidente de la Diputación republicana; don Tomás Marcos Escribano; todos los concejales republicanos y socialistas, los miembros de los comités de los partidos de izquierda, y numerosos afiliados. Los vivas a Unamuno se confunden con los vítores a la República. Todos estamos pendientes de la palabra del maestro. Y, al fin, dice su arenga, inspirada, sentida, digna. Santa Cecilia, le abraza y le besa. Todos le abrazamos. Habla el alcalde, y el Ayuntamiento de la República celebra su primera sesión...

La República está proclamada.

* * *

Y ahora, ¿fue así como se proclamó en Salamanca la primera República, la del 73, aquella ingenua, romántica y honrada república, tan injusta y tan zafiamente vituperada por los que cerraron sus ojos a toda digna y sincera comprensión?

La República del 14 de Abril de 1931, esta segunda República, nos llega alegre, fuerte, robusta, honesta, tan plena de alegría como de orden. La emoción de su llegada, una emoción puramente civil, nos embarga y nos conmueve. Y a nuestro lado vemos a los viejos republicanos que lloran y abrazan.

Allí, Laureano Íscar, Cipriano Romero, Joaquín Corbo, Manuel Sánchez Tirado, Agustín Ramos, Luis García Romo, Bernardo de Antonio, Enrique Meca... Abajo, en la calle, José Morató. Allá, en su lecho de dolor, don Francisco Núñez Izquierdo, el venerable anciano, que oye el repique de la campana de la ciudad, le dicen que ha sido proclamada la República, y pide que le vistan y le sienten al balcón... Y desde allí ve el desfile, el flamear de banderas, y llora el viejo republicano y pide a Dios fortaleza en sus piernas para que le permitan acudir a la Casa de la ciudad!

Y nuestro recuerdo, en este acto de ver la proclamación de la República —¡A los treinta años justos de nuestra primera actuación republicana, organizando y presidiendo una juventud!— se extiende al más allá, y se siente como si en sus tumbas palpitasen de emoción los restos de don Celso Romano Zugarrondo, don Cándido Torres, don Ramón F. Robles, don César S. Allén, don Agustín S. Pérez, don José M. Benito, don José María de Onís, don Mariano Arés, don Pedro Martín Benitas, don Cipriano Durán, don Manuel Carnero, don Agustín Agreda, don Valentín Cáceres, don Nicanor Martín, don Julián Sánchez Ruano, el pobre Crescencio Sánchez Esculta, don Isidro López, don Federico

García, don Constantino Villar, don Pedro Dorado, don Cirilo Pérez, don Timoteo Muñoz Orea, don Luis Caballero, don Luis y don Arturo Pozueta, y tantos y tantos más, para los que en lugar oportuno he pedido un recuerdo y unas flores para sus tumbas... La República viene alegre y confiada, honesta y fuerte de emoción civil. Es el ideal, convertido en realidad, que no por eso ha perdido su encanto. Renace la fe y la confianza y se da la más honda satisfacción al espíritu... ¡Que la República sea el bien que España, atormentada y desangrada, envilecida y entontecida, como dijo Unamuno, necesita!

* * *

La bandera, queda ondeando en el balcón de la Casa Consistorial. El desfile se hace enseguida. La inquietud se ve calmada por la alegría del triunfo. Al día siguiente, España celebra la Fiesta Nacional de la República.

JOSÉ SÁNCHEZ GÓMEZ

Pepe Sánchez Gómez rememoró la proclamación de la República. El Adelanto, 18 abril 1931 (tomado del libro José Sánchez Gómez. *El Timbalero*, C. M^a. Perelátegui)